

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Daniel Pérez Morales

En tierra quemada

(ACER NIGRUM IV)



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº18 —  
MADRID • MMXVIII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © DANIEL PÉREZ MORALES

De la edición © Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Fotografía del autor en solapa © Ana Pérez

Primera edición: Junio 2018  
I.S.B.N: 978-84-948608-7-4  
Depósito legal: M-16633-2018  
Impreso en España.

*Ésta es una obra de ficción. Los personajes y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*A Ana y Victor.*

*A Desi y José.*

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

En la pantalla de la televisión, en directo desde la Monumental de México, el matador buscó al toro junto a las tablas del burladero para afrontar el tercio de muerte. Araceli oyó los ronquidos de su padre en el sofá del salón, repantingado con la botella de tequila entre las piernas. No quedaba ni una gota y eso no era bueno. Trató de no pensar en él ni en su olor corporal. Se inclinó y cogió el mando a distancia de la mesa y cambió de canal para no ver cómo atravesaban con una espada al animal. Su padre se desveló.

—¿Qué haces? ¡Deja los pinches toros!

—Pero te quedaste dormido...

El padre arrastraba las sílabas al hablar. Cada vez que se emborrachaba, la cabeza se le llenaba de voces desagradables. Voces que le recordaban que, el día menos pensado, la niña haría lo mismo que su esposa por no haberla puesto a tiempo en su lugar. Apuñalarlo por la espalda. Araceli y su madre eran como dos gotas de agua: el pelo castaño y ondulado sobre los hombros, una mirada que suplica perdón y una piel suave que pedía besos y golpes al mismo tiempo.

—Lo siento —lamentó Araceli—. No quería molestarte.

—¿Crees que con pedir perdón es suficiente?

El hombre le arrebató el mando a distancia y se lo estrelló contra la sien. Las pilas rebotaron en el suelo. Agarró a Araceli por el pelo y la obligó a arrodillarse. Patadas en el estómago. El hombre había aprendido a vapulearla sin dejarle señales o cicatrices para no exponerse a una denuncia. Araceli lloró de dolor e impotencia, pero aguantó el castigo en silencio porque cuando chillaba, era mucho peor. Lo único bueno del alcohol es que cansa enseguida. Su padre no tardó en agotarse.

—No vales ni madre —masculló él entre jadeos—. Eres igual que ella. No cambiarás nunca.

Tenía esa manía de compararla con mamá, de quien Araceli no recibía noticias desde hacía tres años. Un contrabandista que estaba

de paso la engatusó y se subió al camión con él para no volver. Araceli la detestaba por dejarla tirada con el bruto de su viejo, pero también la comprendía. Mamá soportó golpizas peores y no fueron pocas las noches que pernoctó en el hospital.

—Vete a tu habitación —le dijo el padre—. Y déjame en paz. Dios me libre de ti pronto.

Araceli se mostró de acuerdo. En su fuero interno, deseaba ir a dormir una noche y no despertar a la mañana siguiente. Temía la llegada de cada día. Quejumbrosa, se encerró en el dormitorio y se tumbó en la cama. Su único anhelo era escapar de la prisión a la que llamaba hogar. Si planchaba mal una camisa, paliza. Si servía una cena fría, paliza. Si cambiaba de canal, paliza. El motivo era lo de menos. Cualquiera nadería desataba la ira de su padre. El tequila lo transformaba en un agresor impredecible. Era infalible. Cada vez que bebía, somanta de golpes. Y se pasaba la vida bebiendo.

Para largarse de allí, necesitaba dinero. Y creyó encontrarlo en el anuncio por palabras de un periódico local, del que arrancó una página y la guardó en el cajón de la mesilla: “Se necesitan mujeres de entre dieciocho y treinta años, con buena presencia y muy discretas”. Ella era bonita y reservada. Tenía solo diecisiete, pero, debidamente maquillada, parecería más mayor.

Marcó el número del anuncio en el teléfono móvil y respondió una voz femenina que se alegró de escuchar a otra mexicana. La mujer le aseguró que podría ganar hasta treinta mil pesos, el salvoconducto definitivo para marcharse y no regresar jamás. La entrevista de trabajo se concertó en el club Berenice, un establecimiento nocturno al norte de Sierra Bonita, ciudad a la que los lugareños llamaban cariñosamente *La Mentirosa* porque ni está en la sierra ni es bonita.

A pocos kilómetros de la frontera con Estados Unidos, Sierra Bonita se comunica con la población norteamericana de Southend Canyon por el puente que cruza el Río Bravo. Un ejército de agentes de inmigración y aduanas vigila el paso, lo que origina un atasco perpetuo en sentido norte. El casco antiguo es un laberinto de calles



de edificios coloniales que se anudan alrededor de la Plaza de la Independencia. A las afueras, se extiende la marea de naves industriales de las plantas maquiladoras en las que se confecciona ropa, se ensamblan ordenadores o se envasan medicamentos.

El club nocturno Berenice se encuentra cerca del borde fronterizo, para ponérselo fácil a los yanquis en busca de juerga. En otros tiempos mejores, las calles se llenaban de estudiantes borrachos durante las vacaciones del *Spring Break*, hasta que los cuerpos decapitados de dos de ellos aparecieron en un contenedor de basura. Desde entonces, eran pocos los gringos que asomaban por allí.

Araceli se pintó los labios de color rojo intenso y se puso unas pestañas postizas. A pesar del esfuerzo, no consiguió engañar al portero que custodiaba la entrada.

—Lo siento, está prohibido el paso a menores y a mujeres —dijo el gorila.

—Venía por el anuncio de trabajo.

El hombre la examinó de la cabeza a los pies. La chica era mona. Su edad, cuestionable. Después de pensárselo unos instantes, decidió que le pagaban por vigilar la puerta, no por seleccionar al personal.

—Las bailarinas entran por detrás —dijo.

Al edificio de dos plantas se accedía a través de un jardín descuidado. La recibió una mujer de unos cincuenta años. Ligera de ropa, su rostro era asimétrico y carecía de expresión por culpa del bótox. Tenía los pechos tan sintéticos como los labios.

—Llámame *Mami* —se presentó.

Bien, fácil de recordar. Araceli acompañó a Mami a través de un corredor enmoquetado en el que se mezclaban los olores de mil perfumes femeninos. Estaba decorado con fotografías de chicas guapas en lencería. Unos carteles anunciaban los servicios del club, que incluían fiestas de cumpleaños, despedidas de soltero, concursos de camisetas mojadas y combates de boxeo en pantalla gigante. Accedieron a un despacho viejo con un escritorio y un libro de contabilidad repleto de notas.

—Eres muy niña —observó la mujer—. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete.

—Demasiado joven.

—Cumpliré los dieciocho dentro de cuatro meses.

—Espera hasta entonces y vuelve por aquí. Mexicana y con esa carita de ángel, seguro que encontramos algo que ofrecerte.

—Tiene que ser ahora —exigió Araceli, que temía la siguiente paliza—. Ahora o nunca.

La Mami examinó a la aspirante. De metro sesenta y unos cincuenta kilos de peso, subida al escenario aparentaría mayor altura. Pechos pequeños pero firmes. Tenía los pómulos prominentes y los labios carnosos, cuya sensualidad contrastaba con una mirada entre infantil e ingenua. Una muñeca. La Mami llevaba décadas en el negocio y sabía que su halo de virginidad era un filón. Si ella no la contrataba, lo haría otro local, por lo que decidió adelantarse a la competencia.

—Quizá podamos arreglar el problema de la edad —dijo la Mami.

La solución pasó por rellenar unos formularios administrativos en los que Araceli firmó haber nacido un año antes. Así dispondrían de un documento que presentar a la policía local, en el improbable caso de que se asomara por allí. La Mami le explicó a Araceli algunas normas básicas.

—Está prohibido que aceptes propinas y que te veas con los clientes fuera del establecimiento, ¿entendido?

—Entendido, Mami.

—Los días buenos son de lunes a jueves cuando vienen casados y viejos, los que tienen *lana*. Los viernes y sábados también hay ambiente, pero solo estudiantes que no saben ni beber ni rascarse el bolsillo. Esos son los peores. Tienen las manos muy largas. Si alguien te toca más de la cuenta, me avisas a la seguridad. Son buenos chicos. Ahora iremos a que te tome unas fotos que podamos subir a Internet. ¿Cuál será tu nombre?

—¿Mi nombre? —dudó Araceli.

—Un nombre artístico, un nombre de guerra. El que se te ocurra. No querrás que los clientes sepan quién eres.

Araceli se detuvo un instante a pensarlo.

—Anahí —dijo—. Creo que me gustaría llamarme Anahí. Por una prima mía.

James Gopnik no se comportaba en el banquillo de los acusados como un tipo metido en un lío. Con su elegancia de gánster, guapo como un galán de cine mudo y de modales algo anticuados, sonreía como si rodara un anuncio. El presunto cerebro de una red de distribución de marihuana en Montreal nunca había sido condenado y afrontaba el juicio con confianza. Encajaba con el estereotipo de traficante de éxito, camisa de cuatrocientos dólares, reloj de oro, un bombón de novia de veinte años y un Bugatti Veyron de dieciséis cilindros en el garaje. Según la acusación, Gopnik planeaba introducir en el país un alijo de cocaína suministrado por un cártel mexicano, lo que precipitó su detención.

La estrategia de su abogado, Henry Pratte, consistía en desacreditar a cada testigo de la acusación, sobre todo a los que tenían un pasado tan tenebroso como el del detenido. Era el caso de Jay Belbin. El letrado conocía los bajos fondos de la ciudad y sabía que Belbin acapararía el mercado de Gopnik en el caso de que resultara condenado. El testigo declaró que el acusado lo invitó a participar en la operación con el cártel. Acababa de responder a decenas de preguntas del fiscal y estaba cansado. Pratte olió la sangre. Con el permiso de la juez Anna Grundman, se levantó de la silla con parsimonia y empezó a hablar al mismo tiempo que caminaba hacia el estrado.

—La primera pregunta que me gustaría formularle es si conoce a mi defendido desde hace mucho tiempo —preguntó el abogado.

—Hará un par de años —respondió Belbin.

—Según su declaración, James Gopnik, por su propia voluntad, se dirigió a usted para ofrecerle participar en un negocio de adquisición de cocaína.